



XXII.

**C**UANDO volvió Gonzalo al Palmar, encontró á don Pedro muy agitado.

—Ven, le dijo apenas le vió llegar, tengo que hablarte de cosas graves.

Y le condujo al despacho, y cerró cuidadosamente la puerta.

—Mi desavenencia con mi compadre ha llegado á su período crítico. Me había formado la ilusión de que nuestras cuestiones no pasarían de ridículas; pero con asombro creciente he visto que día á día han ido tomando aspecto más serio. No contento él con haberme causado tantas molestias y gas-



tos, busca á cada instante nuevos medios de hostilizarme. Ahora no se trata ya de la posesión del Monte, sino de afijirme por cualquier medio, de hacerme cuantos males le sean dables. . . . Nunca lo hubiera creído; pero tengo que rendirme á la evidencia.

Después de este amargo exordio, refirióle don Pedro que al obscurecer de aquel día, se le había presentado el tinterillo Figueroa con aire misterioso, manifestándole tener un asunto urgentísimo que comunicarle; cosa que mucho le había sorprendido, por no haber tenido jamás ligas ningunas con el *huizachero*, ni haberse metido en enredos de elecciones. Tan luego como estuvieron solos, díjole Figueroa que venía á proponerle una alianza ofensiva y defensiva; lo que él se había apresurado á rehusar; pero en seguida había agregado su interlocutor que lo sentía, porque peligraba la vida de Roque, y que, unidos ambos, podrían acaso salvarla. Y le había referido que don Santiago Méndez, instigado por don Miguel, estaba resuelto á aplicar la *ley fuga* al caporal aquella misma noche; á cuyo fin, según se lo había informado el mismo secretario del ayuntamiento, había ya dispuesto fuese

sacado de Citala el pobre hombre dentro de breves horas. Como don Pedro se manifestase incrédulo, mostrole Figueroa una carta de puño y letra de don Miguel, en que se hablaba de matar á alguien, seguramente al preso. Al verla Ruiz, convencido de su autenticidad, indignado y lleno de compasión, había aceptado la propuesta de Figueroa, con la sola condición de que éste le cediese la propiedad de la carta. Admitiolo el tinterillo, y conservó don Pedro en su poder tan importante autógrafo, que puso ante los ojos de su asombrado hijo.

—En el acto, continuó Ruiz, le escribí á mi abogado de Citala, ordenándole pidiese amparo ante el alcalde del pueblo, y la suspensión del envío de Roque á la ciudad; porque si llegan á sacarle al camino, le matan esos infames. . . . estoy seguro de que le matan. . . . Por fortuna está allá la pobre mujer de Roque, y podrá firmar el escrito. Tenía impaciencia de que llegaras para ponerte al tanto de los sucesos, á fin de que acabaras de conocer á tu suegro. . . . ¡Es una alhaja! ¡Te felicito porque vas á emparentar con persona tan recomendable! Es lástima que haya engendrado á Ramo-



na, y no puedo explicármelo. Nunca se ha visto á lobos engendrar ovejas. Es la primera vez . . . ¡Ajá! pero si el pobre Roque sucumbe, si perece á manos de esos asesinos, entonces sabrán quién soy, sí señor, lo sabrán . . . aunque te duela, aunque me duela, porque crimen tan odioso no podría quedar sin castigo . . . Tú no eres extraño á mis penas, ni puedes permanecer indiferente . . . Debes ayudarme en cuanto puedas.

—Me tienes á tu lado, padre, repuso Gonzalo, para hacer lo que dispongas. Tu causa es la mía ¿qué quieres que haga?

—Que montes de nuevo y te marches á Citala. Que hables con el licenciado, con el alcalde, con don Santiago y con todo el mundo, y evites á toda costa la realización de ese crimen. No te pares en gastos . . . dispón de todo el dinero necesario para salvar á ese infeliz hombre, á ese valiente y fiel servidor . . . Me daría remordimiento su muerte, como si yo mismo la hubiese ordenado, porque indirectamente tengo la culpa de lo que le pasa. Si no le hubiese llevado al Monte de los Pericos la tarde del asalto, no hubiera sucedido nada.

—No, padrecito; no eres tú el responsable.

—Suponiendo que no lo sea; tengo el deber de impedir ese horrible atentado. Corre, hijo, vuela, y defiende, escuda y ampara á Roque, como si fuera yo mismo.

—Voy corriendo.

—No me des malas cuentas. ¡Cuidado con que vayas á darme malas cuentas del encargo!

—Todo mi empeño será dártelas buenas, y Dios me ayudará.

Después de esta conversación, partió Gonzalo á toda brida para Citala. Su presencia en el pueblo fué de grande utilidad, porque Figueroa casi no había hecho nada en favor de Roque, deseoso de que don Santiago cometiese aquel disparate, para tener una arma que esgrimir en su contra. Ante sus miserables ambiciones de avaricia y de mando, nada significaba la vida de un desgraciado; de suerte que perdía tiempo deliberadamente, á fin de poder armar gran escándalo después de acaecido el crimen, y cuando ya no tuviese remedio. La llegada de Gonzalo hizo cambiar la faz de los sucesos, porque el activo y bondadoso joven tomó á pechos



y con sinceridad, la defensa de Roque. Habló con el abogado y con la esposa del caporal, y sirvió de amanuense, y llevó por su propia mano el escrito al alcalde, á quien sacó para ello de un baile donde á la sazón se divertía. Dominado por el prestigio del nombre y de la fortuna de Ruiz, toleró el juez, sin enfadarse, ser distraído de sus placeres, y se avino á hacer en aquella coyuntura cuanto le sugirió el abogado de don Pedro, quien redactó por sí mismo las providencias que recayeron á su propio escrito. Caminó, pues, todo felizmente, hasta que fué firmado por el alcalde el oficio de suspensión de la salida de Roque, y puesto dentro de su cubierta amarilla, debidamente sellada con el grotesco sello del Juzgado constitucional. Una vez el joven en posesión de la orden, fué corriendo en compañía de testigos á buscar á don Santiago, y á entregársela en su propia mano. El presidente municipal acostumbraba recogerse temprano y meterse en la cama antes de la *quedá*, para levantarse con la aurora; así es que en aquellos momentos estaba ya roncando á pierna suelta, como si no hubiese hecho cosa alguna en el día que debiera cau-

sarle zozobra. No se arredró por eso Gonzalo; sino que golpeó la puerta hasta que le fué abierta, y exigió ser llevado ante la presencia del presidente, por tratarse de la vida de un hombre, protestando que le vería aun cuando estuviese en paños menores.

Recibíole don Santiago de mala gana, desde el trono de su imponente cama de madera pintada de verde.

—¿Qué significa esto, caballero? preguntóle con voz de regaño. ¿Qué causa puede motivar que me busquen ustedes hasta en mi cuarto de dormir?

— Una causa gravísima, repuso Gonzalo. Este oficio se lo explicará á Ud.

Púsose don Santiago las gafas, y leyó la orden de suspensión con semblante alterado.

—Es verdad, dijo, que ordené la remisión de ese reo á la capital, porque era de mi deber; pero esto no da motivo á tanto escándalo. En fin, ya que así lo dispone el alcalde, que no se lo lleven. ¡A mí qué me importa! El alcalde será quien tenga que responder por lo que suceda.

Luego pidió á una criada papel, pluma y tintero, y trazó unas cuantas líneas man-



dando que no se sacase de la cárcel al reo, hasta nueva orden. Triunfante Gonzalo, salió de la casa de don Santiago y se dirigió á la prisión, con toda la velocidad de que fueron susceptibles sus piernas de veinte años. Habló luego con el oficial de guardia y le mostró el papel.

—¡Lástima! dijo éste pasando los ojos por ella; acaba de partir la escolta. . . . no hace media hora que se ha marchado.

—¡Pero hay que mandarle retroceder! repuso Gonzalo.

—¡Va ya muy lejos!

—No importa, es preciso alcanzarla.

Oponía el oficial diversos inconvenientes; pero como el joven le suplicó tanto y con tan vivas instancias, todo se allanó, y resolvió el jefe mandar otro sargento con la orden de regreso.

—Yo le acompaño, dijo Gonzalo.

Y en efecto, fué á su casa, montó á caballo y volvió luego á reunirse con el sargento. No procedió éste con igual diligencia; tardó en sacar el caballo de la cuadra y en ponerle la montura, y, cuando al fin estuvo listo para marchar, había pasado otra media hora.

—Vamos, sargento, le dijo Gonzalo, tenemos que galopar mucho para alcanzar á la escolta.

—Sí, señor, contestó el soldado, nomás que mi penco no es tan güeno como el suyo.

—Hínquele las espuelas, porque urge.

—Después se me asolea, y ¡quién sabe qué me haga el jefe!

—No tenga cuidado; si se le enferma, le prometo darle otro mejor. Y si alcanzamos á buen tiempo á la escolta, le ofrezco una buena gala.

—Pos entonces, amo, métale espuelas á su cuaco.

Y se pusieron á galopar los dos ginetes.

—Pero ¡por qué le corre tanta priesa! preguntó el sargento después de una pausa.

—Porque hay sospechas de que peligre la vida del preso.

—¡Es fácil! respondió el sargento. Se han dado casos de que los presos mueran á balazos en el camino.

—A manos de sus mismos conductores.

—Se entiende; pero nosotros no tenemos la culpa. Nos mandan nuestros jefes y tenemos que obedecerlos. Allá ellos saben lo



que hacen. Pero la mera verdad, á mi no me cuadra hacer esos oficios.

—¿Alguna vez le ha tocado á Ud. desempeñarlos?

—Una sola, y no se me olvidará nunca. Sacamos al cristiano de Citala, bien trinca-do. Por luchas que le hizo un soldado, no quiso que le desamarraran las manos, ni correr, aunque le dejábamos adelantarse, ni nada, porque venía bien aleccionado del pueblo y le habían dicho que en todas esas cosas había peligro. El sargento se enfadó al fin de vele tan testarudo, y ansina, amarrado como estaba, le jincó un balazo por la espalda, y luego le hicieron fuego los soldados.

—¿Y Ud. también?

—Yo disparé al aire pa que creyera el sargento que también le había tirado al cristiano. Pero esa vez, ni an siquiera le taparon el ojo al macho. Afigúrese su merecé, que cuando lo llevaron al pueblo, el caláver iba todavía amarrado. Y contaron que se había querido juir. ¡Cómo se había de juir el probe si no podía!

La inmovilidad del campo, la obscuridad de la noche, lo espantoso del relato y la in-

minencia de la tempestad, impresionaban mucho á Gonzalo. Siguió galopando en silencio, pidiendo á Dios le otorgara llegar á tiempo, y deplorando no hallarse sobre los lomos de algún pegaso que volara por los aires. En esto se detuvo el sargento, y le indicó hiciera lo mismo.

—¿Qué sucede? preguntó Gonzalo.

—¿No oye? repuso el soldado.

—Sí, me parece oír trote de caballos.

—Ellos son, allí van; dele recio al cuaco.

Y emprendieron de nuevo la marcha con mayor rapidez. Estaban ya muy cerca; comenzaban á distinguir á la escolta á corta distancia, como grupo de sombras. La luz de un relámpago permitioles verla con toda claridad á pocos pasos, y, llenos de esperanza, soltaron la rienda á los caballos y emprendieron la carrera. Pero en aquel instante brilló la llama de un disparo, y después otra y otras. Fuera de sí Gonzalo, hincó las espuelas en los ijares de la cabalgadura y cayó en medio de la escolta como un rayo.

Era tarde. El mísero Roque yacía exánime en el suelo, nadando en un mar de sangre.



—¿Qué es esto? preguntó el joven indignado.

—Quiso juir el preso y le tiramos de balazos, contestó el sargento.

—Mentira, gritó Gonzalo; lo han muerto ustedes, porque se lo han mandado. Este hombre ha sido asesinado de orden superior.

—En eso falta usted á la verdad; repuso el mismo sargento queriendo ser insolente, pero con el temor natural de quien acaba de cometer un crimen.

—Lo veremos: los jueces se encargarán de decirlo.

—¿Y Ud. de qué nos regaña?

—Porque tengo derecho; este hombre era mi sirviente y me había propuesto salvarlo. A eso venía. En la mano traigo la orden de don Santiago para hacerlo volver á Citala.

Los soldados alarmados guardaron silencio.

—Ahora, dijo el jefe del grupo, no hay más que volvernos al pueblo. A ver como llevamos á este cristiano. Será güeno amarrarlo en su propio caballo.

Comenzaban á hacerlo cuando se desató

la lluvia desencadenada y furiosa. A cada instante retumbaba la esfera con el estampido del trueno, y los ecos le repetían fragorosos, en derredor y á lo lejos. Soplabá el viento iracundo, haciendo vacilar los árboles, y silbaba con acento agudo y prolongado, semejante á un gemido. El campo sumido en profunda sombra, iluminábase á las veces con la luz fugitiva de los relámpagos, y parecía pálido, triste, desmayado. Las fuerzas ciegas de la naturaleza se habían enseñoreado de la tierra, y parecían amenazarla con uno de aquellos cataclismos que cambian su faz de tiempo en tiempo, y dan nacimiento á épocas nuevas de su historia. El ser humano sentíase débil y pequeño en medio de esas sacudidas formidables; parecía que el cielo irritado, castigaba los pecados de los hombres con un segundo diluvio.

